

INTRODUCCIÓN

JUSTINIANO: LUCES Y SOMBRAS

En marzo de 2020, cuando el nuevo coronavirus comenzaba a propagarse como un reguero de pólvora desde su epicentro europeo en el norte de Italia, las autoridades de la ciudad turca de Estambul se vieron obligadas a cerrar al público el mayor monumento antiguo de la ciudad. La catedral de Hagia Sophia («Santa Sabiduría» en griego) había sido inaugurada por el emperador romano Justiniano (r. 527-565) en 537, y a lo largo de los siglos había servido sucesivamente como un bastión de la espiritualidad cristiana, una mezquita otomana y, en fechas más recientes, un museo, si bien el gobierno turco no tardaría en volver a convertirla en un lugar de culto musulmán. Cuando los conserjes y funcionarios, envueltos de la cabeza a los pies en mascarillas, batas y guantes, comenzaron la ardua tarea de desinfectar la enorme estructura, antaño el mayor espacio cerrado de la cristiandad, con el fin de eliminar el virus, los ángeles, arcángeles, emperadores y santos de los grandes mosaicos que adornan sus muros, techos y cúpulas, que datan de la época de Justiniano y sus sucesores al trono de Constantinopla, parecían observar la escena. Al despejar el edificio, este daba la impresión de haber recobrado brevemente su armonía interior; era como si las imágenes pudiesen de nuevo dialogar entre sí. Las fotografías que se difundieron por todo el mundo representaban una escena que recordaba de manera inquietante la evocada por el gran poeta y disidente ruso Ósip Mandelstam en los versos que compuso en honor al monumento más de cien años atrás:

La iglesia, bañada en paz, es hermosa, y las cuarenta ventanas son un triunfo de la luz; lo mejor de todo son los cuatro arcángeles en las pechinas bajo la cúpula.

Y el sabio edificio esférico sobrevivirá a las naciones y los siglos, y el sollozo resonante de los serafines no deformará las oscuras superficies doradas.

La combinación de pánico y sufrimiento que el coronavirus desató sobre el mundo en los primeros meses de 2020 le habría resultado sumamente familiar a Justiniano. Al igual que los gobiernos y los científicos de nuestros días se encontraron de repente enfrentados a una enfermedad nueva y desconocida, que desestabilizó hasta las más sofisticadas economías y regímenes, así también el reinado de Justiniano se había visto sacudido por la súbita aparición de la peste bubónica, aparentemente sin precedentes. Cuando llegó al imperio, solo cuatro años después de la finalización de Hagia Sophia, la plaga dejó fuera de combate a muchos cientos de miles de súbditos del emperador. Incluso se rumoreaba que el propio Justiniano, recluido en el palacio imperial, había contraído la enfermedad y se había recuperado de algún modo.

Justiniano me fascina desde que, hace mucho tiempo, escribí un ensayo universitario sobre él en Oxford a principios de la década de 1990 en respuesta a la pregunta «¿Arruinó Justiniano el imperio que se había propuesto restaurar?». En muchos

sentidos, he pasado buena parte de los últimos treinta años tratando de contestar a esa pregunta e intentando reconciliarme con el emperador y su reinado. Incluso sin la intervención de la peste, la carrera de Justiniano habría destacado entre las páginas de la historia antigua y medieval por su energía, ambición y dramatismo.

Desde la capital imperial de Constantinopla, fundada por el emperador Constantino el Grande unos doscientos años antes, Justiniano gobernó sobre un vasto territorio que, al inicio de su reinado, se extendía desde Grecia y los Balcanes en Occidente hasta los desiertos de Siria y Arabia en Oriente (véase el mapa 2). No solo abarcaba Asia Menor y Anatolia (la moderna Turquía), sino también el próspero territorio de Egipto, en aquella época la región más rica y sofisticada del mundo Mediterráneo. Sin embargo, pese a su aparente grandeza, el imperio que Justiniano heredó en 527 estaba afligido por un profundo sentimiento de ansiedad, fracaso e inseguridad, que el nuevo emperador estaba resuelto a abordar.

Una de las causas principales de la ansiedad, aunque no la única, era el hecho de que, si bien Justiniano afirmaba ser el emperador romano, único heredero y sucesor de los emperadores Augusto, Marco Aurelio y Constantino, el área que gobernaba ya no abarcaba los antiguos territorios centrales del Imperio romano de Italia, Norte de África, Hispania y Galia. Junto con Britania, esas tierras habían dejado de estar bajo el gobierno romano directo a resultas de un periodo de pronunciada crisis política y militar, aproximadamente entre 410 y 480 d. C. Ni siquiera la propia ciudad de Roma formaba parte de su imperio, si bien hacía mucho que le habían concedido el título de «Nueva Roma» a la ciudad de Constantinopla. Así pues, por muy glorioso y extenso que fuera, muchos comprendían ya que el imperio de Justiniano era una contradicción imperial. Los gobernantes «bárbaros» que se habían forjado sus propios reinos autónomos en Occidente impugnaban ahora abiertamente sus pretensiones de autoridad romana universal.

En respuesta, al principio de su reinado Justiniano encabezaría una reconquista imperial de África, Italia y, por último, parte de Hispania (véase el mapa 3). Su campaña comenzó en 533, con la audaz decisión de enviar una fuerza expedicionaria por las rutas marítimas del Mediterráneo, desde Constantinopla hasta lo que hoy es Túnez. Un grupo primordialmente de origen germánico conocido como los vándalos había invadido las antiguas provincias romanas de África, que abarcan gran parte de los actuales Túnez, Argelia y Marruecos, así como parte de Libia, a mediados del siglo v. Desde su capital en Cartago, los vándalos habían comenzado a establecer una presencia marítima significativa en el Occidente Mediterráneo, de modo que socavaron y amenazaron los principales intereses romanos. La fuerza expedicionaria de Justiniano, sin embargo, los sorprendió con la guardia baja y los derrotó con rapidez en la batalla, donde capturaron al rey vándalo Gelimer. El reino entero pasó de nuevo a manos romanas. El impresionante éxito de esta misión africana alentaría pronto a Justiniano a dirigir sus ejércitos hacia Italia, con la firme decisión de restaurar la dominación romana sobre el antiguo corazón del imperio. Ese intento también cosechó un éxito considerable, aunque en Italia, donde los ejércitos de Justiniano se encontraron con una resistencia más coordinada, el resultado sería infligir un daño mucho mayor a la estructura de los territorios reconquistados, incluida la propia ciudad de Roma, del que jamás habían causado los «invasores bárbaros» del siglo v.

En cuanto a la política interna, Justiniano tomó medidas enérgicas contra la evasión fiscal de los miembros de la élite senatorial, quienes intrigaban y conspiraban contra él constantemente. Asimismo, reformó de forma drástica el ordenamiento jurídico romano.

El objetivo de Justiniano era imponer orden y claridad en la ingente masa de textos legales que gobernaban la administración y la reglamentación del imperio, con el fin de agilizar los procesos judiciales. La reforma del derecho expresaría una visión y una voluntad unitarias: las del propio emperador. Ese acto de *fiat* autocrático fue tan efectivo que hoy resulta muy difícil definir con precisión cómo era el derecho romano antes de Justiniano; el emperador estableció la forma en la que el derecho romano (o «civil») sobreviviría hasta la Edad Media y más allá. De hecho, hasta nuestros días, los principios derivados del derecho justiniano forman la base de los sistemas jurídicos que operan en buena parte de Europa.

Mientras se hallaba inmerso en los conflictos con los miembros de la élite, que con frecuencia estaban molestos por sus reformas legales y fiscales, el emperador intentaba apelar al resto del pueblo de Constantinopla. Lo hacía invirtiendo en suntuosos proyectos de construcción, encabezados por la Hagia Sophia, y participando en prodigiosos actos de generosidad y caridad, dirigidos principalmente a los pobres de las zonas urbanas. Por encima de todo, Justiniano trató de reestructurar el Imperio romano, transformándolo más plenamente en un Estado cristiano, en el que los ajenos a la religión, los disidentes y los considerados moral o sexualmente desviados eran sometidos a castigos cada vez más draconianos.

Cuando los clérigos declarados «heréticos» vieron sus obras quemadas en las calles y a ellos los enviaron a prisión o al exilio, y cuando los numerosos súbditos judíos del emperador sufrieron de manera palmaria la discriminación por parte de los funcionarios públicos, con el apoyo imperial, se hacía cada vez más evidente que el ascenso de Justiniano había anunciado el advenimiento de una época más intolerante. Para algunos de sus enemigos, era un demonio; para algunos de sus admiradores, un santo. Ahora bien, tanto si lo veían como un «santo emperador» como si lo consideraban un «rey demoniaco», muchos de sus contemporáneos comprendían que Justiniano era un gobernante con una visión y un ímpetu extraordinarios.

Justiniano contribuyó a sentar las bases del Bizancio ortodoxo, que fue cobrando forma en los siglos venideros. En muchos sentidos, sin embargo, su labor fue más profunda. En su remodelación del Estado romano como una «República ortodoxa» (tal como lo describía en una de sus leyes), acabó estableciendo los cimientos ideológicos y psicológicos de la cristiandad medieval como un todo. También dejó un importante legado al mundo islámico que surgió en el Oriente Próximo en los siglos vii y viii. En un sentido más amplio, mediante su enérgico programa de reformas y su no menos enérgica autoglorificación, Justiniano redefine el significado del «gobierno», ofreciendo un modelo de arte de gobernar al que llegarían a aspirar los futuros emperadores bizantinos, junto con los reyes medievales, los califas musulmanes y los sultanes otomanos.

Al mismo tiempo, una serie de factores que escapaban al control de Justiniano socavaron sus tentativas de renovación imperial. El principal eran las ambiciones rivales de una superpotencia vecina: Persia. Gobernando sobre los territorios de lo que hoy son Irán e Irak, los emperadores (o sahs) del Imperio sasánida eran con creces el más sofisticado enemigo en términos políticos, económicos y militares al que se enfrentaban los romanos. Justo antes del ascenso al poder de Justiniano, la guerra entre los romanos y los persas había estallado a escala masiva. Refrenar la agresión persa en Siria y el Cáucaso (las actuales Armenia, Georgia y Azerbaiyán), que los dos imperios se dividían, fue así una preocupación acuciante a lo largo del reinado de Justiniano. Surgieron otras dificultades a consecuencia de la inestabilidad en la estepa euroasiática, que provocó la migración de

hordas de nómadas centroasiáticos hacia el oeste en dirección al territorio imperial, así como un periodo crucial de inestabilidad climática que probablemente facilitase la llegada de la peste bubónica. Aquel fue el primer brote importante de esa enfermedad en la historia conocida del mundo mediterráneo. Por consiguiente, el reinado de Justiniano combinó un optimismo sin precedentes con una calamidad imprevista, cosa que puso a prueba la resiliencia tanto del emperador como del imperio.

Hasta la fecha, muchos estudios de Justiniano, en especial en inglés, se han centrado en sus políticas y aventuras militares más que en sus reformas internas, y los historiadores han manejado más las fuentes relativas a la historia militar que las jurídicas y religiosas, que reflejan su visión política en general. En consecuencia, pocos han sintetizado con éxito los diferentes aspectos de su reinado. Tampoco ha logrado ningún trabajo hasta hoy perfilar la personalidad del emperador, ni la relación y cohesión interna entre la visión personal del imperio de Justiniano y su agenda política a través del ámbito militar, jurídico, religioso y doméstico. Sin embargo, como veremos, en especial a través de sus obras jurídicas y sus intervenciones teológicas, la voz personal del emperador nos llega con mucha más claridad y consistencia de lo que a menudo se ha supuesto.

Estas fuentes nos permiten captar el tono urgente y la insistencia de Justiniano en la necesidad de obtener el favor divino; su impaciencia constante; su tendencia a infundir una significación espiritual y religiosa a las tareas administrativas más mundanas; su obsesión con los detalles; y su estrecha dependencia personal de su consorte, la infame emperatriz Teodora, tan fuerte que, tras la muerte de esta en 548, su atención empezó a dispersarse y a aflojarse su control del poder. Las mismas fuentes revelan la determinación de Justiniano de aplastar a sus oponentes, y su despiadado desprecio hacia quienes no parecían ser conscientes de las virtudes y la superioridad del cristianismo imperial. La legislación del emperador revela a un hombre movido por la compasión genuina por los pobres, por los huérfanos y, quizá alentado por su esposa, por las viudas y otras mujeres vulnerables, tales como las chicas del campo víctimas de la trata en Constantinopla para forzarlas a la prostitución. Según la imagen que tenía de sí mismo y sus propios intereses, Justiniano era un emperador profundamente inmerso en las minucias de la administración y el derecho, un soldado comprometido con la expansión y la defensa del reino romano (a pesar de su relativa falta de experiencia militar en primera línea) y un cristiano piadoso preocupado por la definición y la propagación de lo que consideraba la «verdadera fe».

En la iglesia de San Vital, en la ciudad italiana septentrional de Rávena, perdura hasta nuestros días un mosaico magnífico, que data del siglo vi y representa al emperador Justiniano en procesión con sus cortesanos, enfrente de otro igualmente magnífico de Teodora y sus asistentes. El retrato de Justiniano plasmado en este mosaico es la imagen más célebre que tenemos del emperador. Cuando Justiniano nos mira fijamente desde las paredes de la iglesia, es fácil que el espectador se sienta fascinado por el resplandor de la diadema imperial o el esplendor del atuendo enjoyado del emperador. Sin embargo, el oro, la plata y otras téseras luminosas de la corona, la túnica y el rostro del emperador resaltan y cautivan sobre todo en virtud de los fragmentos de cristal más oscuros que los enmarcan. De manera análoga, Justiniano y su época estaban compuestos de luces y sombras, y para comprender al propio emperador y su reinado, hemos de apreciar ambas. Y es que el gobierno de Justiniano no solo estuvo marcado por un grado de caridad sin precedentes, sino también un grado de intolerancia y crueldad sin parangón, y el fuerte sentido de misión y compromiso personal con lo que percibía como el bien común iba acompañado por sus

tendencias firmemente autocráticas y el agudo (y a menudo punzante) concepto de su propia dignidad y orgullo.

El mensaje clave de este libro, sin embargo, es que pese a los muchos siglos que nos separan de Justiniano, este antiguo personaje sigue siendo contemporáneo nuestro. Y es que, como nos recuerda nuestra reciente experiencia de la pandemia, muchas de las dificultades a las que se enfrentó Justiniano, e incluso algunas de las soluciones que él y otros idearon en respuesta a ellas, continúan vigentes. Sobre todo, el legado del emperador sigue rodeándonos: en la arquitectura inspirada por su programa de construcción, cuya manifestación más bella e influyente es sin duda Hagia Sophia; en nuestros sistemas jurídicos; y en nuestra cultura e historia, a través de la contribución fundamental de Justiniano tanto a la formación de la cristiandad como a la creación del mundo islámico. Como tal, pese a su complejidad y sus contradicciones, Justiniano y la historia de su reinado continúan hablándonos hoy.